LEYENDO CON CARMEN ARRIAGADA

Susana Zanetti (*)

"Viví mientras soñé ... el despertar ha sido un infierno"
Carmen Arriagada

LAS CARTAS SALVADAS

Destruidas casi siempre, arrumbadas entre viejos trastos, pocos epistolarios femeninos se han conservado en los archivos para poder atisbar el mundo de la lectura en la singularidad cotidiana de mujeres más o menos anónimas. Precarias huellas parecen haber dejado hasta ahora en América latina este tipo de cartas como para hurgar en la historia literaria *del lado del lector*[1].

(*) Profesora de Enseñanza Secundaria Normal y Especial en Letras, Universidad de Buenos Aires. Profesora Titular de Literatura Latinoamericana, Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

[1] En este momento se está realizando en la Biblioteca Nacional de Chile el Inventario (y transcripción) de los Manuscritos de la Sala José Toribio Medina. Allí se conservan unas pocas cartas de Juana Baudrix; que llegan hasta 1904: son, por lo tanto, muy espaciadas. Alguna otra referencia confirma el peso de Diego Barros Arana en la formación de Juana como lectora, quien siempre cuida poner en escena su independencia de criterio, como evidencia su carta del 4 de setiembre de 1877, dirigida a la esposa de Barros Arana, la cual, además, da idea del modo en que funciona Domingo Faustino Sarmiento en el imaginario de la época: "Aparte de este introito, que *soy yo* por excelencia, como diría Sarmiento ...". La correspondencia de su marido, Mariano Baudrix, informa sobre el intercambio de pedidos de libros entre él y Diego Barros Arana, con aclaración de títulos y precios. En otra carta del mismo archivo la joven norteamericana Mary Causten de Carvallo, residente en Santiago, de fecha 3 de noviembre de 1836, testimonia un uso peculiar de la lectura extensiva en cuanto lee para mejorar su castellano: "... estoy progresando bastante en el idioma debido a la lectura. Durante este año he leído 25 volúmenes en español sin contar el que actualmente leo, Gil Blas". También refiere el acceso a las obras a través de traducciones a diferentes idiomas, como veremos que ocurre con Carmen Arriagada: "En inglés he leído un volumen de las vidas de Plutarco y varias de las obras de Scott. En español, libros interesantes y livianos, como que soy una principiante, tales como Corina en Italia, Delfina, por Madame de Staël; Clara Harlowe, por Richardson; Robinson Crusoe, hermosamente escrito y diferente de cualquier otro de los leídos en muchas partes ..." Agradezco al personal de la sección Archivo Fondo José Toribio Medina el permiso de consulta.

Si bien existen en Chile inventarios de bibliotecas particulares, sobre todo de intelectuales destacados (la de Andrés Bello, la de Mariano Egaña) que pueden ilustrarnos acerca de qué se leía en un determinado período, mi interés deriva hacia la puesta en escena de la lectura y de la interacción con los libros, sea en las ficcionalizaciones o en los discursos (especialmente los epistolares), para auscultarlos en relaciones intersubjetivas que se deslizan hacia la vida social. Deseo privilegiar aquí la correspondencia, concentrada en un solo destinatario, fuente de ejemplos de lector en el interior de sus circunstancias, entreveradas con deseos, sentimientos, percepciones...

Sabemos que la lectura no es una invariante histórica, pues los procesos transforman tanto a la literatura como a los lectores[2], y se incluye en *una red de prácticas culturales y sociales* que le dan sentido. Depende de realidades sociales de clase, raza y género, de su capital cultural y de las posibilidades de acceso a la cultura, cuestiones todas atravesadas por conflictos, privilegios y carencias en la distribución de bienes, entre ellos los culturales; depende también de las representaciones del saber o del ocio, de las concepciones de la subjetividad, que contextualizan apropiaciones singulares[3]. Por supuesto, todos estos contextos implican a la crítica misma y, en este caso, me involucran consideraciones como las señaladas por Adrianne Rich en **Mentiras, secretos, silencios**: "Una crítica radical de la literatura, feminista en su impulso, tomaría la obra, ante todo, como un indicio de cómo vivimos y hemos vivido, como se nos ha inducido a imaginarnos a nosotras mismas, como el lenguaje nos ha atrapado, al mismo tiempo que nos ha liberado, cómo el acto mismo de nombrar ha sido hasta ahora una prerrogativa masculina, y cómo podemos comenzar a ver y a nombrar –y, por lo tanto, a vivir- de nuevo."[4]

Sabemos también que al interrogarnos sobre la historia de la lectura es riesgoso tanto el inventario como la colección de estudios de casos. Son difíciles, por otra parte, las operaciones de restauración de públicos, pues siempre están mediatizadas por ideas actuales sobre las incidencias estéticas, ideológicas, morales, etc. de las instituciones; por cristalizaciones en el imaginario social, tanto como por las concepciones de escritores, editores, críticos y lectores acerca del acto de leer, indispensables soportes de la existencia de toda literatura. Pero creo que el ejemplo que voy a considerar puede constituir un aporte sobre el tema para América latina, sobre todo porque no proviene del archivo al que comúnmente se recurre, es decir,

[2] Véase Schön, Erich, **Der Verlust der Sinnlichkeit oder die Vervandlungen des Lesens**, Stuttgart, Klett.Cotta, 1987.

[3] Utilizo el concepto de apropiación con el sentido dado por Roger Chartier en **Sociedad y escritura en la edad moderna**, México, Instituto Mora, 1995.

[4] Barcelona, Icana, 1983, p. 34.

el de las figuras, en su mayoría masculinas, destacadas por su actividad en el ámbito cultural[5].

LECTURAS EN DIÁLOGO AMOROSO

> "Si el Sñor. Rugendas quiere cumplir con la promesa hecha a Gutike, de favorecer su humilde casa con el favor de una visita, no hará sino proporcionar un gran placer y realizar los deseos de Su affma. Servidora y paisana ..."
>
> "Quemé tus cartas; al separarme de ellas me sentí arrancar el corazón; pálida y oprimida las veía consumirse por las llamas, ellas eran mi bien y mi consuelo: todo, todo me aflige. Si en este momento te tuviera aquí te sofocaría con mis lágrimas y caricias. Adiós, mi vida, mi amor, mi único bien, toda mi esperanza. Adiós; un beso, un beso de amor y de dolor."
>
> "Yo me ocupo ahora de leer a "Faust", de Goethe, en una linda edición traducida al francés que me manda uno de los Blest; pero confieso que es una obra que no comprendo la mente de su autor al escribirla. También tengo Thasverus; que vino con "Faust"; es una cosa parecida en algo a la Divina Epopeya, un libro extraño pero escrito por el genio. ... En la duda de si esta carta la recibe Vd. o no, me despido de Vd. triste, muy triste; pero siempre su hermana, su amiga afectísima, que quiere al hermano como siempre. Adiós, pues, su amiga,
>
> Carmen."[6]

El primer texto citado, de 1935, es pórtico del encuentro y el flechazo.

Es una breve esquela de invitación de Carmen Arriagada (1807-1900), de familia bastante empobrecida aunque vinculada a los sectores sociales y culturales de prestigio, cuyo padre se había destacado en las guerras de independencia. Está casada, malcasada, hace ya diez años, con el teniente coronel alemán Eduardo Gutike. Había nacido en Chillán y se educó en Santiago, pero ahora vive presa del aburrimiento y

[5] Tengo en cuenta las reflexiones de David D. Hall en "Les lecteurs et la lecture dans l' histoire et dans la théorie critique. Une exposé sur la recherche américaine" (Chartier, Roger, comp., **Histoires de la lecture. Un bilan des recherches**, París, IMEC, 1995).

[6] **Carmen Arriagada. Cartas de una mujer apasionada**, Estudio preliminar y notas de Oscar Pinochet de la Barra, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1990, pp. 19, 222-223 y 556-557, respectivamente. En adelante aclaro en el texto, año y página de las citas de este epistolario.

de la soledad en Talca. El amor es entonces renacimiento; "Mi vida pasaba insípida, tu amor la embelleció" confiesa, entre otras muchas veces (1837, 62), al convidado en la misiva, el pintor y naturalista Juan Mauricio Rugendas (1802-1858), cuya larga permanencia en América (México, Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Brasil) dejó uno de los más valiosos testimonios artísticos de la primera mitad de siglo XIX. También nos dejó dos retratos de Carmen[7].

Rugendas será el eterno, el insaciable peregrino que "... engolfado en sus pinturas, en sus viajes y en sus descubrimientos, no siente sin duda con tanta fuerza el pesar de estar separado de sus amigos."(1838, 129). En tanto "...sola como en el desierto" deja invadir las cartas por su rivalidad con esa aventura que lo subyuga ("Vaya con los Volcanes! Caballero, me toma Vd. por la discípula de Humboldt? El Tupungato ocupa toda la carta, ya se ve! Es un cerro tan alto!", 1840, 256), ceñida para ella solo a la vivida imaginativamente en los libros.

Enseguida el lazo se anuda con el intercambio de lecturas en las que Rugendas oficiará de mentor: "Creo, como Vd. me dice, que podré elegir los libros que me convengan, y segura de su buena elección le prometo leerlos con toda la aplicación de que soy capaz; sírvase dirigir mi lectura, lo tomaré como una prueba de amistad"[8]. Las cartas, sobre todo quizás las amorosas, comprometen configuraciones para sí y para el otro por parte del sujeto que las escribe, al mismo tiempo que conforman una imagen del receptor como solicitando calladamente que se acomode a ellas y colme sus expectativas, que no demore las respuestas; de allí que, con cautela incluyó en los ardides de la seducción este pedido de tutela, pues Carmen se guía, en buena medida, según sus intereses y elecciones, y suele divertirse con los descubrimientos de comprensión mutua al subrayar los mismos párrafos, admirar a los mismos autores y aun disfrutar las disidencias ("Entusiasta, exagerado! Por qué aborrece Vd. a Walter Scott? Es cierto que no puede compararse a Byron, y que a mí me cansan también sus eternas novelas; todas con su indigerible primer tomo ... "[9]).

La segunda cita dobla el carácter *diferido* propio del género epistolar, regulado por los blancos, las lagunas, los vacíos... Siempre sujeto a la ausencia del otro en un diálogo discontinuo y azaroso. Aquí recuperamos una sola voz. El temor a un marido que entiende poco y sospecha demasiado, llevó a Carmen a quemar las cartas del pintor. Éste, en cambio, conservó hasta su muerte las de ella y su sobrino las heredó

[7] Rugendas vivió en Chile entre 1834 y 1844, con algunos intervalos por visitas a la Argentina, Perú y Bolivia. En 1838 J. B. Lebas publica sus litografías en el **Album de trajes chilenos**. Véase para más información Tomás Lago, **Rugendas. Pintor romántico de Chile**, 2 ed., Santiago de Chile, Sudamericana, 1998.

[8] Carta escrita en Linares, luego de la partida de Rugendas, quien visita a los Gutike durante varios días a mediados de enero (1836, 25).

[9] Todo el comentario no tiene desperdicio, discute los juicios de Rugendas para pasar enseguida al pedido de que no le envíe un retrato de Dumas "si no es buen mozo" y describe cómo lo imagina (1838, 172). Un dato acerca de las fantasías surgidas al calor de las imágenes construidas de sí por los narradores, disparadas sin ambajes a figuraciones de autor.

junto con otros materiales. Sólo existe una de éste a Carmen, de 27 de noviembre de 1844, casi del final del vínculo, que poco nos dice ya de su pasión, si bien podemos vislumbrar algunos contenidos de sus cartas, siempre por cierto mediadas por las elecciones de la destinataria, pues cita a veces frases de Rugendas[10]. Lamentablemente, tal destrucción impide examinar la diversidad de apropiaciones que pueden suponerse entre dos individualidades con tan distinta experiencia de vida, de pertenencia y de horizonte cultural.

El estricto final de la historia llega con la última cita: se cierra así ese largo túnel diseñado en sus figuras por Barthes[11]. Se eclipsan para nosotros las ansias, los gozos, las angustias y el llanto que culminan con la lectura anhelada del **Fausto** de Goethe. El volumen tanto tiempo demorado parece entonces traslado simbólico de ese otro deseo, el erótico, diferido también, como el diálogo en la carta, así como el presentimiento del silencio definitivo de Rugendas.

Estos tres momentos clave en la historia sentimental de una *lectora romántica* esbozan los avatares de todo el epistolario, muestra elocuente de la constitución de lectorados hispanoanoamericanos en el umbral de conformación de las literaturas nacionales. Intentaré entrever en este ejemplo, increíblemente rico, las peripecias para obtener libros, la preeminencia de una *lectura intensiva* o *extensiva*, cuándo, cómo, por qué se lee, y qué expectativas se depositan en la lectura, tanto como las identificaciones, la configuración de destrezas, así como la actitud crítica frente a lo leído. Todo ello a través de la autorrepresentación de la mujer lectora en un género, el epistolar que, catalogado tradicionalmente como femenino por excelencia, ha corrido los riesgos de sujeción a los estereotipos, tanto cuando se lo naturaliza en la espontaneidad y expresividad de las mujeres como cuando lo atrapan los clisés y las frases hechas de una institucionalización estandarizada. Una sujeción que si se proyecta a los estatutos devaluados de un género menor, privado, las manos femeninas se mostraron prontas, en cambio, a convertirlo en un espacio estratégico, político, valiéndose de una heterogeneidad apta al desliz hacia otros tipos de discurso y hacia lo público.

Ingresamos a un capítulo de nuestro tema engarzado entrañablemente con el contrato amoroso epistolar, escandido por los comentarios de libros: Embarullados en la historia amorosa, mensajeros inocentes y dúctiles, sutiles, los libros van y vienen, remodelando valores y conductas de una *lectora ávida*. Borroneados por alguna lágrima se impregnan del calor de los cuerpos, *arden*.

Como préstamo o como regalo son siempre esa tercera piel, cómplice aquí casi única de la segunda, la piel del lenguaje encarnada en la carta. Acariciar un lomo,

[10] De los originales –en el Instituto Ibero-Americano de Berlín- hay una copia fotostática en el Fondo Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, 1984.

[11] Véase Barthes, Roland, **Fragmento de un discurso amoroso**, 14ª ed., México, Siglo XXI, 1998.

una página, con la estela del cuerpo del ausente: los libros como emisarios y testimonios de una unión que conforta con la promesa o el recuerdo del contacto físico. Su materialidad se hace cargo, vicariamente, del contacto reclamado. La imaginería romántica provee las figuras, aunque seguramente romances como éste dieron su ofrenda a las tramas novelescas[12].

> "Una carta era, pues, para la mujer de la colonia, simplemente un pecado."
> Benjamín Vicuña Mackena, **Historia de Santiago**

Son cartas de amor, más de doscientas, estrictamente 235, escritas a lo largo de 16 años, desde el 23 de noviembre de 1835 al 9 de junio de 1851. Cartas privadas, íntimas, muchas de ellas secretas, terminan ahora por hacerse públicas.

"Son más de mil páginas de tamaño pequeño que aprovecha al máximo y tanto así que algunas veces las termina en el sobre, por el lado de atrás, con encargos y saludos". La letra impresa diluye la cursiva cuidada, pequeña, el papel "sin enmendaduras ni tachas"[13], alterando la recepción al derivarla al volumen, a la esfera pública y a un contexto de bienes culturales de casi un siglo y medio después. Transformada en libro y, en otro sentido, en escritura, esta entrega desprevenida convierte a la lectora en autora, yo diría en uno de los más notables escritores del despegue de nuestra literatura republicana, como bien lo reconoce calurosamente en 1961 la voz autorizada de Guillermo Feliú Cruz: "En el género epistolar no tiene ninguna que la iguale... Doña Carmen es una verdadera intelectual. La literatura no puede perder a un escritor de esta importancia. El país no puede perder este valor en la historia del pensamiento chileno." (p. 15).

Si bien la carta es ahora un medio de comunicación favorecido por las mejoras en transportes y correo, la aseveración de Vicuña Mackenna con que inicié este apartado pretende recordar que Arriagada vivió su niñez al finalizar la Colonia, cuyos criterios, en cuanto a las normas que debían seguir las mujeres perduraron en la República. Los principios que sustentaban la instrucción en general, y la femenina en ella, tanto como la situación en que se hallaba constituyeron un objetivo importante dentro de las transformaciones que esperaba lograr la nueva nación, donde prevalecía

[12] En la década de 1840 el éxito de las cantantes líricas Teresa Rossi y Clorinda Pantanelli, introduce, con el entusiasmo por la ópera, los reparos de Vicente Grez ante la exageración de sentimientos románticos en el público capitalino: "El gusto literario tomaba el mismo rumbo. Se principió a leer con furor las obras de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Jorje Sand; lo que era arrojar a la hoguera nuevo combustible; los diarios daban doble folletín de las obras de esos escritores. La novela *Leone Lione*, de Jorje Sand, publicada por el *Progreso*, dio a este diario una importancia especial. ... La literatura nacional representaba fielmente el gusto i el sentimiento reinantes; nunca ha habido en Chile novelistas i poetas que jimieran con acento más dolorido ... ." (**La vida santiaguina**, Santiago de Chile, Impr. Gutenberg, 1879, p. 116) Estos juicios deben leerse en el marco de las discusiones sobre el romanticismo en Chile, especialmente dentro del debate del romanticismo social frente al sentimental.

[13] Información de Oscar Pinochet de la Barra en el prólogo, p. 9.

el analfabetismo y el atraso en conocimientos considerados imprescindibles para su eficaz desenvolvimiento.

La introducción reciente de la imprenta (la primera llega en 1811 a Valparaíso y en ella se imprime el primer periódico, *La Aurora de Chile*, al año siguiente) nos habla del inicio de un nuevo período de penetración de lo impreso, apoyado sin dudas por la *necesidad de noticias* de los avatares de las guerras de independencia y de las nuevas leyes y reglamentos dictados por los gobiernos republicanos, mediante una circulación que descansaba, en buena medida, en la lectura en alta voz, sea en familia, sea en los distintos lugares de encuentro que se habían multiplicado en la esfera pública. La provisión de libros vive otros cambios importantes en cuanto incorporamos el dato de que, luego de la independencia, el comercio de libros entre Chile y España prácticamente se interrumpe, pasando Francia e Inglaterra a convertirse en las proveedoras.

Carmen alude algunas pocas veces a lecturas previas a su relación con Rugendas; todas parecen surgir del intercambio entre ambos, de modo que estamos ante una práctica circunscripta al momento de constitución de un lectorado moderno en Chile, limitado aquí a una *formación cultural* en un estrecho sector social, en el cual tiene importancia su inscripción en la ideología liberal, que no atiende prolijamente a las recomendaciones provenientes de la iglesia católica, cuya incidencia en la escolaridad y en la regulación de la vida familiar era dominante pues tenía a su cargo la censura del material impreso y poseía periódicos propios, además de la habitual influencia en los fieles.

Da idea de las tensiones en el campo educativo durante la juventud de Arriagada el enfrentamiento entre José Joaquín de Mora, fundador en 1828 del Liceo de Chile con apoyo del gobierno liberal, y el Colegio de Santiago, católico y conservador, respaldado por Diego Portales desde 1830, quien expulsa a Mora en 1831 a raíz de sus ataques en la prensa. Carmen Arriagada menciona algún comerciante ligado al libro –Barroillet, por ejemplo. Si en 1831 el viajero Ruschenberger se lamenta acerca de la pobreza del rubro en Santiago -"Casi todas las tiendas tienen unos cuantos libros sobre sus estantes, que por lo general son traducciones del francés o de obras eclesiásticas. No hay una sola librería en toda la ciudad; la colección más grande de libros en venta se encuentra en medio de la cuchillería y ferretería de un almacén. No pude conseguir el Don Quijote en Santiago, a pesar de ser popular"[14]-, pocos años después, en 1837, el español Santos Tornero inaugura la primera librería en Valparaíso[15], ampliada con la implementación de una red de locales en distintas ciudades chilenas, por supuesto, Santiago en primer lugar. Este negocio se vincula

[14] *Noticias*, editado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, t. XXXVII, 1921, pp. 452-55.

[15] Véase para más información Martínez Baeza, Sergio, **El libro en Chile**, Santiago, Biblioteca Nacional, 1982. La cita proviene de Peláez y Tapia, José, **Historia de El Mercurio**, Santiago de Chile, El Mercurio, 1927, p. 122.

con el trabajo de edición, que emprende al tomar a su cargo la imprenta y la publicación del *Mercurio de Valparaíso*, intensificando la actividad iniciada por los anteriores propietarios desde 1833, que abastecía sobre todo de almanaques, libros de oraciones, de magia, de juegos, etc. Poco a poco la presencia del libro se vuelve más habitual, va aumentando paulatinamente la posesión individual en algunos sectores ilustrados y con poder adquisitivo, así como el tamaño de las bibliotecas particulares, cuya descripción ingresa en novelas y autobiografías.

El epistolario, y el comentario sobre libros entre Carmen Arriagada y Rugendas se inscriben en los años del magisterio de Andrés Bello y de su actividad como promotor y crítico literario en *El Araucano*, donde incluye textos y comentarios sobre autores europeos, españoles e hispanoamericanos, entre los que enumero sólo a algunos –Chateaubriand, Lamartine, Byron, Michelet, Dickens, Victor Hugo, Saint-Beuve- y de la irrupción del romanticismo en la década del cuarenta, con el avance de los jóvenes escritores chilenos –Sanfuentes, Jotabeche, Lastarria...- y de los argentinos exiliados, quienes se expresan a través de *El Mercurio* de Valparaíso, *El semanario de Santiago* y la *Revista de Valparaíso.* Carmen da datos sobre la lectura del primero, pues comenta admirada el primer artículo de Sarmiento sobre la batalla de Chacabuco, publicado en ese periódico el 11 de febrero de 1841, a quien considera el mejor escritor en el país, opinión que corrobora al leer **Recuerdos de provincia**, destacando el acertado retrato del amigo de ambos, Domingo de Oro.

Si bien se mueve en un ámbito provinciano con visitas muy retaceadas por su marido a Valparaíso y Santiago, sus amigos participan activamente en el medio intelectual capitalino, en el cual las discusiones por la circulación y los usos del libro son un tema que cobra cada vez más importancia. La introducción en la prensa de folletines junto a la de poemas, cuentos o artículos de costumbres posibilita la ampliación y diversificación del lectorado, no limitado ya sólo al libro. Al proponerse como práctica habitual y moderna - lectura individual e intensiva, avidez de novedades-, con esa oferta más diversificada brinda también un nuevo espacio a la producción nacional.

No mucho más tarde se suma el aumento en la edición. En un artículo el *Mercurio* de julio de 1841 anuncia la venta por suscripción de libros de inminente publicación, como un modo de hacer frente a la competencia extranjera. En los considerandos sobre esta decisión de la empresa, luego de señalar una indigencia apenas atenuada por el comercio de novelas ("Cualquiera que haya tenido ocasión de viajar por las diversas ciudades y villas de las provincias, habrá observado ... la escasez de libros y su poca circulación, limitada a un reducido círculo de jóvenes; no careciendo las novelas entre los pocos libros que se hacen notar, de un alto y casi exclusivo predominio ..."), advierte sobre los estrechos vínculos entre la lectura "seria" tanto para el desarrollo de la economía nacional como para la formación de una opinión competente sobre los asuntos públicos. Desde 1843, con la edición de las poesías de Zorrilla, se pone en marcha una producción organizada preferentemente en

"bibliotecas": entre ellas la Biblioteca de Educación (con textos destinados a la escuela), la Biblioteca de Legislación (incluye obras de Lastarria, Bello y Alberdi), la Biblioteca de Poesía (Byron, Espronceda, etc.) o la Biblioteca de Novelas (Sue, G. Gómez de Avellaneda, Dumas, Soulié, Alberto Blest Gana, Alarcón, Feuillet, etc.). Esta última se vale del recurso corriente de llevar al libro lo publicado antes en los folletines. Ya para 1863 la Biblioteca de Amena Lectura escoge autores famosos y nuevos para el público chileno.

Al promediar el siglo estamos entonces ante una ampliación del público lector, que involucra paulatinamente a otros sectores sociales, como puede verse también en las novelas hispanoamericanas de esos años. Podríamos designar el fenómeno como *un primer momento de la revolución del lectorado* en las nuevas repúblicas.

Seguramente esta revolución se ligaba estrechamente a los cambios vividos con la revolución de independencia y las nuevas ideas introducidas, cuyos efectos sobre conductas y sentimientos e ideas de la mujer, y sobre la mujer, tuvieron una relevancia pronto respaldada por las transformaciones en las concepciones del yo y de la sensibilidad, provenientes de esas lecturas románticas con las que Carmen Arriagada comulga, y que gravitan en la afirmación de sí, de las singularidades de su subjetividad, tanto como en la autorreflexión y en los modos de expresar sus emociones, y quizás sobre todo sus deseos y su pasión, ajena al prototipo de mujer doméstica valorado –"te deseo con delirio y casi grito tu querido nombre", dice en 1837 (p. 89) entre otras muchas ocasiones.

Este es el contexto en el que Carmen se define como una lectora ilustrada y moderna, representante de un *momento de enciclopedización de la cultura*, atenta no sólo a las humanidades sino también a los avances de la ciencia y la tecnología, perceptibles en la vida cotidiana: se saca dos muelas con éter y le promete a Rugendas enviarle su retrato en daguerrotipo, amén de discutir las concepciones de Leibnitz o las de la frenología de Gall.

Nunca menciona la lectura de libros muy vendidos por entonces: los útiles para el hogar y los piadosos, no se hace cargo de cualidades patriarcales de la "mujer virtuosa", como tampoco se muestra muy devota -va a misa más bien por hábito. Recibió instrucción en Santiago; pero si lo fue por las monjas no evidencia huellas del privilegio de una educación religiosa, salvo por la mención ocasional a Santa Teresa. Su religiosidad aparece muy ligada a perspectivas románticas y a la pulsión de muerte entrañablemente ligada al deseo; en varias cartas expone sus dudas sobre la inmortalidad del alma, a través de reflexiones que van creciendo con el paso del tiempo.

Atiende y comenta cuestiones morales sobre lo que lee, pero sus juicios se fundan generalmente en valoraciones literarias. Le interesa la política, opina con solvencia, siendo en general muy crítica, especialmente de la guerra contra la Confederación peruano-boliviana. Examina y emite juicios no sólo sobre la situación chilena, y sobre los chilenos, siempre con desconfianza ante la ciega devoción por la patria (los

enjuagues de la política la vuelven cada vez más escéptica), sino también sobre las coyunturas de distintos países hispanoamericanos y europeos. Es, en términos de la época, una pipiola –una liberal- muy crítica, de los presidentes Portales, Prieto, Bulnes, así como del gobierno de Rosas. Se expresa contra las potencias extranjeras en el bloqueo a Buenos Aires, admira a Napoleón y ve con buenos ojos los episodios del 48.

Cuando confiesa su admiración por Alfieri y aclara que su italiano es bien comprensible nos está hablando también de una lectura que descansa en la apropiación de una lengua ajena. De allí que, como es muy frecuente en los testimonios de la época, su drama -la obtención de libros- se alivie con su conocimiento de otros idiomas, al librarla de la dependencia de las traducciones al español, mucho menos abundantes, de los autores y temas que la atraen, siempre modernos. Ha estudiado muy bien inglés y francés. Aprende italiano sólo para poder leer en ese idioma e intenta, sin éxito, el alemán, ayudada solamente por el envío de una gramática, regalo de Rugendas.

Son sus fuentes de información sobre la vida social y cultural chilena especialmente los amigos y los periódicos, "Los Mercurios", como los llama, también acceso a la incipiente producción nacional, sea a las poesías de José Joaquín de Mora, a las de Mercedes Marín o de Andrés Bello, y el drama **Los amores del poeta** de su hijo, Carlos Bello, calibrando siempre las implicaciones estéticas e ideológicas como ocurre con **Sociabilidad chilena** de Francisco Bilbao aparecida en *El Crepúsculo* en junio de 1844, que comenta entusiasmada por las ideas libertarias –"el fondo de la cuestión es tan santo, tan grande y tan justo"- más que por su estilo, tema de las dos cartas siguientes donde se indigna ante el ataque de la *Revista Católica* y la quema de ejemplares.

Este interés por la prensa se evidencia además en el relato vehemente de la compra de una imprenta en Talca en 1844 y el proyecto de editar un periódico –*El Alfa*, cuyo primer número es de fines de octubre de ese año- en el cual espera colaborar con traducciones, dado su conocimiento de idiomas extranjeros, dejando entrever tímidos deseos de profesionalización. Evidencia también su apego a la cultura letrada y su reconocimiento del pobre desarrollo de la industria editorial, si bien se puede palpar algunas mejoras: "Durante el período 1830-1840 -informa Bernardo Subercaseaux[16]- el número de talleres y pequeñas imprentas artesanales tuvo un leve aumento. En Santiago funcionaban a fines de la década por lo menos cinco talleres, y en Valparaíso, cuatro.". En la década de 1840 se dobla el número: Hay nueve en cada una de esas ciudades, entregadas como antes en su mayoría a la impresión de periódicos.

[16] Subercaseaux, Bernardo, **Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)**, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1993, pp. 35 y 69.

"¡MUCHAS GRACIAS POR LOS LIBROS!"

> Toute l´éducation des femmes doit être relative aux hommes. Leur plaire, leur être utile ou se faire aimer et honorer d´eux, les élever jeunes, les soigner grands, les conseiler, les consoler, leur rendre la vie agréable et douce: voilà les devoirs des femmes de tous les temps.
>
> Rousseau, **Emile**

"Mientras ella leía de sobremesa un libro en voz alta, él hacía dibujos sugeridos por la lectura o caricaturas"[17]. Así recuerda a Carmen y Mauricio una empleada de los Gutike. Oblicuamente un cuadro hogareño muy distante del entorno aconsejado por el óleo de Cosme San Martín, de 1879, conservado en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile, con la fábula de la paz y el calor del hogar: el comedor de la casa, la reunión familiar, con abuelos, la muchacha casadera embargada por la lectura en voz alta a cargo de otra, igualmente joven, seguramente la madre de la niña que, en el suelo, concentra todo el interés en su juguete.

Carmen se autorrepresenta como una mujer muy alejada de este modelo y, por ende, de lo esperado en toda esposa, quien hace del hogar su mundo dilecto y de la maternidad su destino[18], dado que la casa y la vida conyugal se le aparecen literalmente como un yugo. El aburrimiento, el *"spleen"*, escribe, son un sino que a veces desea romper de cualquier forma, hasta rebelándose "enfrentando el destino" (1844, 448).

No tuvo hijos y sólo una vez se duele por eso: nunca busca parecer maternal, se lamenta en cambio de la frustración de sus expectativas y de su creatividad empobrecidas al vivir alejada de los bienes culturales y sociales de la ciudad, Valparaíso o Santiago -ansía ver buen teatro, ir a conciertos, conocer la Ópera. Tampoco registra lecturas compartidas con su marido –al excluirlo de todo comentario sobre libros pareciera depositar en éstos la materialidad misma de sus afectos. El libro y la lectura le interesan por sus valores espirituales, de allí que pocas veces se preocupe por el refinamiento de las ediciones, ni establezca separaciones entre niveles

[17] Op. cit., p. 207. Según el testimonio de Carmen Navarro, empleada de Carmen Arriagada.

[18] Indudablemente estas cartas privadas están muy alejadas de las estrategias, de distinta índole y en un amplio espectro ideológico y estético, que elaboran intelectuales y escritores/as por estos años, respecto de la mujer lectora y escritora. Véase al respecto el artículo de Graciela Batticuore "Lectoras y letradas: en el espejo de la ficción", incluido en Nora Domínguez y Carmen Perilli, comps., **Fábulas del género. Sexo y escritura en América Latina**, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1998, pp. 103-115. En p. 110 señala una escenificación modelizante de la lectura femenina totalmente ajena a Carmen Arriagada: "La trillada escena de la lectora acunando al niño fue metáfora común entre escritoras e intelectuales que mantuvieron diversas posiciones respecto del debate sobre la instrucción femenina, pero que convergían al explicar en el hijo el *para qué* de la lectura de la madre."

altos y populares de lectura. Aunque desestima la instrucción por sí misma y es reacia a aceptar criterios de autoridad (quizás por ello no somete a programaciones sus lecturas) busca informarse y en los libros encuentra puertas idóneas de ingreso a la comprensión del mundo y de sí. Solicita libros de historia, sobre todo contemporánea –la **Historia moderna** de Gibbon, por ejemplo-, y lee compendios de otras disciplinas, entre ellos, de filosofía. Las lecturas son el impulso para sacar a la luz las complejidades de su ser íntimo, estimulando la introspección, expresada muy frecuentemente mediante la espontaneidad y el desborde, marcas que fluyen personalizando la escritura de una individualidad inadaptada, sujeta al monótono trajinar cotidiano.

Menciona y comenta brevemente muchísimos autores, entre ellos, Vigny, Klopstock, Pope, Osian, Ana Radcliff, Tomás Moro, Delavigne, Guizot, Chateaubriand, Musset, Paul de Kock, Tocqueville, etc. Se ocupa in extenso del análisis de otros, especialmente, por supuesto, Victor Hugo y Balzac, así como Hoffmann, Walter Scott o Goethe y Schiller, movida quizás por preferencias de Rugendas para los autores alemanes.

Responde poco al estereotipo de la lectora femenina configurada en muchos relatos de la época, que nutre el ocio con lecturas vistas como intrascendentes, pues para nada le atraen sólo las novelas, aunque novelistas sean sus autores preferidos – Victor Hugo, Dumas y Balzac. Lee de todo, de todo lo que cae en sus manos, si bien la oferta de novelas a veces y al mismo tiempo la sofoquen y la conmuevan: "Quiere Vd. que le mande las ciento y una novelas? Me será muy fácil con los comerciantes que empiezan a ir en el mes entrante. Pocas he leído de ellas y entre esas pocas hay algunas bien insípidas; pero allá está Dumas con su pluma mojada en una tinta más negra casi como la de V. Hugo, que sabe hacer interesante hasta el crimen mismo; que hace que se disputen el corazón del lector mil sensaciones distintas y fuertes como las que debieron conmoverlo cuando imaginaba su Antonino ..." (1838, 140). No es, por cierto, una lectora afrancesada (en esta cuestión siempre pesan las posibilidades de acceso), pero es evidente que se desentiende de la literatura española, salvo alguna mención previsible, como la de Cervantes, y la relectura deceptiva del Calderón de su niñez, considerada con cierto detenimiento: "Me había dejado desde la niñez un recuerdo agradable. Aún conservaba algunos trozos de sus versos en la memoria, pero confieso que ahora no me gusta tanto. Hallo mucha repetición de ideas y de versos. Todas sus comedias se parecen y los desenlaces son fríos y poco bien traídos. He aquí una opinión que quizás no sea justa ..., en todo caso vale más formar alguna, aunque sea errada, que ninguna." (1838, 177)

Quizás por su adhesión al romanticismo o por influencia de Rugendas, los clásicos parecieran no atraerla, salvo Shakespeare. No los solicita, no se queja de su falta. Sólo consigna el interés que despierta en ella Plutarco, cuya lectura ocupa un largo período, porque, como acostumbra, alterna los libros que le exigen más concentración y mayor trabajo de aprendizaje con otros más llevaderos.

Welchem Leser ich wünsche? Den unbefangensten, der mich, sich und die Welt vergisst, und in dem Buche nur lebt.[19]

Goethe

Entregada, como *Leserwut* Carmen devora cartas como devora libros ("Los libros han venido a dar la última mano a mi curación; ya los tengo concluidos, los he devorado ..." , 1840, 255). Lee y relee ambos, son sus "tesoros". Libros y cartas se vuelven fetiche, "talismán" llama a estas últimas (1839, 208).

Menciona con frecuencia sus relecturas –la evidencian además las citas-, que dan pie muchas veces al juego amoroso, como ocurre con las **Ultimas cartas de Jacopo Ortis** de Fóscolo[20], pero siempre prevalece el imperativo de la novedad. No sólo el espaciamiento de la comunicación con Rugendas incide en el alejamiento de la lectura, también la falta de libros nuevos: " ... leo si tengo algo nuevo", confiesa en 1846 (487), cuando acaba de recibir la ansiada obra de Goethe en traducción francesa.

Podríamos decir que la lectura y el envío de libros sostuvieron y llenaron en buena medida las imposiciones de silencio, haciéndose cargo de corporizar lo que debía permanecer oculto. La única carta conservada de Rugendas, escrita desde Puno en Perú ya en camino de regreso y con planes de hacerlo culminar en Talca, y en el reencuentro ("No dudará Ud. que invocaré mis estrellas para que protejan mi vuelta al puerto, a mi destino, a la residencia de la más tierna amistad"), busca calmar el reclamo por su ausencia repitiendo su modo de paliarla con el envío de libros "para su distracción"[21]. Reproches y culpas que seguramente connotan los relatos de Carmen sobre su lectura a solas, a veces durante todo el día, tirada en la cama, en un abandono en el que intenta transferir el amoroso deseado, que a veces hace trastabillar los sobreentendidos epistolares. Esa entrega narrada con frecuencia es testimonio por cierto de situaciones de lectura pero, al mismo tiempo, no deja de indicar el abandono sufrido por el alejamiento del amado y el deseo de abandonarse al amor negado, colocando en la insistencia el carácter revulsivo, peligroso, para el orden masculino que la carta de amor alcanza muchas veces en la escritura femenina.

Un ejemplo de estos subterfugios y de estas tensiones puede ser la carta de 1839 donde confía a Rugendas que guarda para leer juntos **Peregrinación de una paria** de Flora Tristán, préstamo de su amigo y admirador, el general Blanco Encalada. El libro había aparecido en París a comienzos de 1838, en dos volúmenes, pero en

[19] "¿Qué lector deseo? al sin prejuicios, que a mí, a sí mismo y al mundo olvida, y sólo en el libro vive". La traducción es mía.

[20] "Leo y releo las cartas de Jacobo, creo tenerte a mi lado y hallo tanta semejanza entre ti y aquel fogoso italiano que lo quiero de veras ..." (1837, 67). Vuelve al tema unos meses más tarde: "He leído hoy a Jacobo. Siempre esta lectura me encanta ...". Carta de Talca, 11 de julio de 1837, op. cit., p. 91.

[21] Tomo las citas del libro de Tomás Lago citado, p. 144.

América no era fácil hacerse de ejemplares, dado que los pocos llegados a Arequipa, donde Flora Tristán vivió por dos años (1833-34) con la poderosa familia paterna, fueron quemados en la plaza pública, en razón de la dura crítica a la aristocracia, al atraso y al fanatismo peruanos.

No era un libro más, inocente, sino un texto con el que podía identificarse por las desventuras matrimoniales (que ocuparon la plana de la prensa con el ruidoso juicio en el cual su marido, que le había disparado un tiro en 1838, la acusa de adulterio[22]), las reflexiones sobre el sometimiento de la mujer y por una sensibilidad alimentada por similar universo de lecturas propiciadoras de la "unión de las almas", como evidencia este fragmento: "Cuando M. Miota se sentía bien –escribe Flora Tristán- venía a leer a mi camarote los autores de la escuela a que pertenecía: Voltaire, Byron... M. David me leía el Viaje del joven Anacharsis, Chateaubriand o las fábulas de La Fontaine. M. Chabrié y yo leíamos Lamartine, Víctor Hugo, Walter Scott y sobre todo Bernardino de Saint-Pierre"[23]. Una lectura política separaba sin embargo las aguas, dejando aflorar otras frustraciones seguramente ante un destino cerrado a esas actividades de Flora Tristán -conocida además por la sociedad chilena, a raíz de la escala en Valparaíso cuando iba rumbo a Arequipa- que ocupaban las noticias de la prensa.

La intensa lectura solitaria de Carmen se extiende, en ocasiones, a las compartidas en sus tertulias. En el comedor de su casa, adornado por los retratos de Rugendas, Walter Scott y Byron, se reúnen por las noches sus amigos, casi todos masculinos, entre ellos algunos escritores e intelectuales importantes: los Gana, los Donoso, el médico Möller, Vicente Pérez Rosales, Domingo de Oro, etc. Si bien quiebran la monotonía estos encuentros no terminan de satisfacerla, pues las conversaciones suelen moverse alrededor de intereses estrechos o a lecturas limitadas por el desconocimiento de idiomas de los contertulios.

LA COMUNIÓN DE LAS ALMAS

> "¿Por qué preferimos a cualquier otro relato el de un amor imposible?"
>
> Denis de Rougemont

Carmen y Mauricio se vieron solamente 8 veces y por cortos períodos, una, tres, cuatro semanas a lo sumo: "Tanto tiempo hace que la voz de tu amor no llega a mis oídos" (1839, 205). La queja irá acentuándose cuando ya Rugendas ha regresado a Europa hasta parecerle un sueño los años de separación. El vínculo se sustenta sobre

[22] Véanse, entre otros, Baelan, Jean, **Flora Tristán: feminismo y socialismo en el siglo XIX**, Madrid, Taurus, 1974.

[23] **Peregrinaciones de una paria**, La Habana, Casa de las Américas, 1984, p. 71.

todo por las cartas, donde las afinidades electivas hallan soporte en un sólido *pacto de lectura* y *escritura*. Cartas que registran los momentos, los días en que escribe, cuando su marido duerme o cuando no está. En una primera etapa el intercambio es semanal, y aun más frecuente; pero cuando Rugendas se radica nuevamente en Europa, el ritmo se hace mensual y hasta anual, compaginándose mal por problemas de correo.

Intercambian dos tipos de cartas. Un primer tipo son las cartas amistosas, con tratamiento de usted, firmadas casi siempre por C. de Gutike, que deben sortear el hostigamiento y la censura del marido –"Gutike leerá todas sus cartas quizás" le advierte ya en la segunda (1836, 26).

Estas cartas son el espacio privilegiado del comentario sobre libros. Libros y lecturas le brindan la posibilidad de engarzar la expresión de los sentimientos callados. La interpretan y hablan a menudo por ella: "Me cae a la mano un trozo que pinta exactamente mi estado de ánimo." (1837, 113), o bien será Victor Hugo, "el poeta del siglo", "el que ha hecho el estudio del corazón del hombre", el encargado de decir la pasión que no acierta describir (1839, 224 y 221). Libros y lecturas abren atajos al amor con sobreentendidos que, más tarde, cuando se atempere en el afecto amistoso sostendrán el lazo de "fraternal delicia" que convierten a Rugendas de privilegiado en el único corresponsal de Carmen.

Podríamos pensar que el comienzo del romanticismo hispanoamericano auspicia, con la lectura de Echeverría, el inicio del romance, dado que al referirse al primer envío de libros, dice: "Aunque los consuelos no serán ya de su gusto, creo que me agradará; mi situación no deja de necesitarlos!". Y enseguida viene la muletilla: "Mil gracias por los libros!".

Se trata de una recepción bastante rápida, dado que el libro de Echeverría, **Los consuelos**, de éxito en Buenos Aires, aparece avanzado 1834 y la carta es de comienzos del 36, sobre todo teniendo en cuenta la dificultad de las comunicaciones[24]. Más tarde su lectura de una obra anterior de Echeverría, **Elvira o la novia del Plata** (1832), confirma el juicio sobre **Los consuelos**, y seguramente decepciona a Rugendas, admirador del poeta: "La amistad tiene algo de poético. Hablemos de poesías. Tan insípida e incompleta como me parece "La novia del Plata", la he vuelto a leer y siento que en ella hay rasgos que descubren ser del autor de los Consuelos ..." (1839,194).

Escandidas al cansino compás de la cotidianidad pueblerina y doméstica -"Por acá nosotros vivimos como fuera del mundo" (1837, 102)-, las visitas, las tertulias

[24] **Los consuelos** es el primer libro de poesía de un argentino editado en el país. Jorge B. Rivera anota y comenta las preocupaciones sobre el aspecto material del volumen valiéndose de una carta de Juan María Gutiérrez a Pío Tedín: ". '.. tendrá el mismo aspecto que los que se publican en París', con lo que señalaba un apreciable adelanto gráfico o quizá la ingenua vanagloria de imitar los 'géneros de París' ". En **El escritor y la industria cultural**, Buenos Aires, Atuel, 1998, p. 14.

nocturnas, los pocos amigos y las muchas enfermedades, la esporádica función de teatro son su grano menudo: anécdotas y episodios casi como excusa para que pueda explayarse la confesión insistente de la soledad confluyendo con el *discurso amoroso de la ausencia*. Hacia el final, cuando ya Rugendas se ha reinstalado en Europa y ante la desazón por su reiterado silencio, la continua demanda de visita deriva en paliar el abandono, alentando la esperanza del reencuentro y el reinicio, atravesado, como en otras cartas, por sueños nefastos y por fantasías de muerte.

La confidencia deriva a transmitir al amado –al amigo en estas "cartas legibles"- los modos en que lee y las motivaciones que dirigen sus lecturas. Lee varios libros a la vez, según su humor, su salud o su capacidad de concentración; siempre expresa sus intenciones de emprender lecturas cuidadosas, que aseguren un buen aprendizaje o procuren la memorización –especialmente de poemas. Le gusta la poesía (sigue con atención la obra de la chilena Mercedes Marín, celebra el "Canto a Chateaubriand" de Béranger, admira a Vigny, etc.) y suele copiarla respondiendo a un pedido o porque dice sus sentimientos, apoyada en reflexiones siempre envueltas en un halo de intimidad y en los movimientos rápidos, a menudo de encontrados cambios de humor, de un haz de experiencias menudas que se proyectan, se disparan al pensamiento sobre sí y la vida social, característicos de su estilo: "Cree Vd. que es de la monotonía de la vida, de la falta de sociedad que yo me canso; no, es de la miseria, de la pequeñez, de la nada, en fin, que yo me fastidio, y para eso, mi buen amigo, no hay pararrayo; en lugar de esperanza, paciencia. El cambio del horizonte celeste y político de nebuloso en despejado, la proximidad del verano, qué son todas esas cosas? Yo quiero decir con Lamartine *Qu´emporte le soleil, je n´attends rien des jours*. La fortuna en sus diferentes cambios nos olvidará como a muchos ..."(1838, 143).

Constituye sin dudas Carmen Arriagada un ejemplo de lectora romántica que halla en la lectura consuelo y desahogo para exorcizar los ángeles azules, como suele decir. La emoción, postulada como correcta recepción de los textos, y modelizada en buena medida por ellos, impregna las ideas sobre su subjetividad, sobre el mundo y los hombres. Lee con pasión, compenetrándose con las historias narradas (identificándose a veces con las femeninas) y con las novedades de su tratamiento, como en este comentario: "Ah! Mil gracias por Notre-Dame: qué hermosa, qué descripciones y qué cabeza de autor; él marcha por un sendero no trillado. Todo lo que otros se apuran en pintar la belleza y la virtud, él se afana en ofrecernos la imagen de lo sublime en lo feo y en lo malo –la ceguedad en el querer-. Dios mío! A lo menos una docena de personas y ningún rasgo de virtud en ellas! No puede negarse que la idea es extravagante desde el principio hasta el fin pero tiene mil bellezas; y sobre todo las descripciones son tan buenas que uno cree hallarse en el lugar y ver los personajes y hechos que se citan. Yo quedé por muchos días viendo delante de mí la *creatura bella di bianco vestita* y la horrible figura de Quasimodo. La cuna de la "Reclusa" me enfermó casi ..." 1837, 90). Las *metáforas del ardor* suelen invadir sentimientos y lecturas: "Ojalá le fuera posible prestarme aunque sea por dos días la

Notre Dame *je brûle* de deseos de leerla." (1837, 85.). La "electriza" un libro de Hugo y se dice "embebida" por otro de Dumas-, pero este apasionamiento no turba sus opiniones sobre las ideas de una obra o sobre su factura literaria: "Confesaré, sin embargo, que hay algo en el estilo que choca. Quisiera uno en tales escenas ver un lenguaje algo más decoroso, pero él hace hablar a sus personajes el estilo del siglo en que vivieron, y así debe ser. Esta es la ventaja que encuentro en Dumas; él retrata escenas de nuestros tiempos, su lenguaje es el nuestro ... En fin, es nuestra sociedad, nuestras costumbres, con toda su civilización y sus vicios, y debe irritar o enternecer más, porque cada uno está viendo quizás el retrato de su corazón ... Así, para lo dramático, prefiero a Dumas." (1839, 224).

Cartas pautadas también por el doloroso vaivén de las enfermedades: Carmen sufre entre otras dolencias ataques histéricos (así los llama y en ocasiones los describe), definición médica pronta a encarrilar en la enfermedad y la promesa de cura las frustraciones y las represiones de deseos y emociones, cuyo "desorden" había que controlar, domesticar, sujetar, en esos otros rebeldes –diferentes: mujeres, niños, sectores populares, etc.- a las hegemonías socialmente admitidas...[25]

Pero casi siempre la lectura consigue atemperar los efectos de la soledad y de la falta de salud promoviendo la introspección, con frecuencia confundida con las percepciones del paisaje: " Durante que yo escribo, la Luna da de lleno en el cuarto ... Son las 10, y el silencio de la noche aumenta la melancolía que me inspira siempre una noche apacible de Luna, su suave luz parece que afloja todos los resortes de mi alma; ni un pensamiento que no sea tierno y melancólico, ni una idea que no tienda a las afecciones del corazón!" (1836, 32).

Las lecturas afianzan *sistemas de valores compartidos* en una suerte de comunión de las almas que en buena medida pone entre paréntesis los desniveles de capital cultural, de condiciones y experiencias de vida. Los comentarios de libros enmarcan los conflictos domésticos, la precariedad económica del matrimonio Gutike, dándonos sobre todo los intereses de Carmen, en política, educación, en cuestiones sociales, etc., así como la frustración insalvable: "Ud. sabe que las mujeres no tenemos voluntad propia" (1838, 123). La experiencia de la sujeción a un matrimonio desdichado gravita en sus reclamos de libertad y en sus ideas sobre la emancipación de la mujer, visible en algunas preferencias literarias como George Sand, o en comentarios, entre otros

[25] Lo cierto es que esta correspondencia proporciona datos muy interesantes acerca de la salubridad de la época, sobre epidemias, sobre la farmacopea y sobre distancias sociales muy diferentes a las actuales respecto del tratamiento de la privacidad y la intimidad de lo corporal, como en este fragmento: "Su carta, mi querido amigo, por más de un artículo es interesante; no podrá Vd. decir otro tanto de la mía; nada hay que contar ni qué decir de este triste lugar ni de sus más tristes habitantes: Vd. se conformará con que yo le diga que he pasado algunos días muy desagradables; que he tenido que recurrir a los baños calientes, sanguijuelas y caústicos, pero que ya pasó la tormenta y me siento mejor, aunque algo débil, porque en cuatro días seguidos me bañé, me purgué, me sanguijuelé y me causterícé; y con tal cadena aun una máquina mejor constituida habría debilitádose; cuanto más la muy enclenque mía." (1841, 305).

ejemplos, sobre el libro de Keratri[26]: "Yo habría también marcado los pasajes en que Vd. lo ha hecho. Hay, sin embargo, algo en que yo no convengo con Keratri, es esa línea que nos fija y nos prohíbe pasar, bajo la pena de apartarnos del objeto con que nos formó la naturaleza y hacernos así chocantes y ridículas. ¡Pobres mujeres! ... es una lástima que limiten tanto a un sexo que posee, como el otro, talento, ingenio y más finura y sensibilidad." (1836, 50). Acepta sin embargo, y parece haber reflexionado sobre ello, la necesidad de tomar recaudos ante las estrategias posibles para avanzar en la demanda de los derechos femeninos en un medio hostil, cuestión que comenta al pasar cuando se ocupa de la condena a Francisco Bilbao por su **Sociabilidad chilena**: "Lo que no me gusta es que haya tomado el nombre de Sand. No hace simpatías todavía por esta clase de reformas, y los hombres se irritan solo con la idea de que una mujer le dispute su más caro derecho, el de tiranizar a la mujer!! (1844, 451)[27]. También cuando Rugendas le cuenta su visita en París a Eugenio Sue deja ver que la valoración de la mujer en este autor pesa en buena medida en su apasionamiento por **El judío errante***:* "unico escritor que ha reconocido en la mujer la dignidad y prerrogativas con que Dios quiso favorecerla!" (1847, 492). Haciéndose cargo del reclamo constante de educación propio del feminismo del XIX, responsabiliza el atraso de ella en Talca al intendente, cuya renuncia pide en su "unico artículo (firmado "El Imparcial") aparecido en la sección Correspondencia de *El Mercurio* el 17 de setiembre de 1847.

LAS CARTAS SECRETAS

"... croce, croce e delizia,
croce e delizia,
delizia al cor ..."
Verdi, *La Traviata*

El segundo tipo son las cartas amorosas, pautadas por el vaivén de espera y recuerdo, en suma, por la exaltación de la ausencia. Son cartas secretas, escritas a hurtadillas, signadas por la amenaza y el acecho, el sobresalto -pero también por el goce de decir la pasión, por su única finalidad, "escribir en amante" (1837, 113).

La retórica y los mitos del amor romántico, incorporados al compás de la lectura

[26] Keratri, Auguste, **Examen philosophique des considérations sur le sentiment du sublime et du beau, dans les rapports des caractères, des tempéraments, des sexes, (des climats) et des religion, d´Emmanuel Kant**, París, Firmin Didot, 1823.

[27] Véanse al respecto las consideraciones de Andy Daitsman en " '*Prosiguiendo sucesivamente sin interrupción, el orden numérico*' Escritor y sociedad en Talca hacia el siglo XX" en *Universum*, Nº 14, Universidad de Talca, 1999, pp. 43-63.

prácticamente simultánea a las cartas, surgen incontenibles: el sortilegio del amor, que funde el lazo inefable y el anhelo violento en una pasión que me ennoblece, pura y eterna, vivida en el sufrimiento dichoso, y como revelación de mí misma.

El amor como valor supremo, con la densidad simbólica del amor imposible que roza el adulterio. Y entonces lo oculto deviene resguardo celoso de lo íntimo, del flujo ingobernable de expresar toda la gama de las tópicas del amor, reiterándolas, exacerbándolas hasta desbordar sin freno invadiendo las controladas cartas "legibles" : "Siento al querido amigo, al hermano, *con la misma vehemencia que otras sentirían al amante*" (1844, 449. La bastardilla es mía). La confidencia amorosa se arrincona en los recodos brindados por el intercambio de lecturas; deriva a la cita del libro recién leído–porque me expresa-, en el que se subrayan los mismos párrafos, afianzando la comunión de las almas, como hemos visto en los ejemplos de páginas anteriores.

Escudada siempre en esa "ardiente amistad", desde el comienzo se duele de la discontinuidad del vínculo sometido a la precariedad y la inseguridad de los correos hasta someterse a escribir "a la ventura" de una correspondencia como lanzada al viento, sin saber si llegará a un destinatario tan a la distancia, que ni comparte ya el mismo cielo. En una carta temprana, ante el posible regreso de Rugendas a Europa, donde se mezcla el placer por los celos del pintor y la angustia por los propios, el tema de las "estrellas" introduce el reproche, el chantaje velado por la constante ausencia: "Yo también he mirado las Estrellas ... pero recordármelas tú, y que ellas me recuerden a mi M., me ha hecho reconciliarme con ellas, con los hombres y conmigo misma: pero tú no las verás en el otro hemisferio, y quieres remplazarlas por el Orión; bien, que todas las noches se reúnan allí nuestras miradas y nuestros pensamientos; ellas nos mirarán llorar, amantes, nuestra forzosa separación." (1837, 103)

Aunque "muere del deseo de escribir(te)", sabe que, irremediablemente, la carta no reemplaza a la voz, por más que la bese o la escriba frente a su retrato: siempre el alejamiento y la partida dejará a Carmen "con la miel en los labios". "Necesito de tu pecho pª reposar mi atormentada cabeza, que tu mano estreche la mía y que tu boca me deje oír palabras de amor y consuelo ... ven a hacerme vivir, a hacerme feliz con tu presencia." (1838, 206). Si sus cartas hablan de un cuerpo que se abandona, que se entrega a la lectura para ser penetrado y fundirse con ella, los libros parecieran en realidad valer como *Ersatz* del cuerpo ausente: no cesará de reclamar esa falta, a veces con una vehemencia que no se atreven a encarar las novelas hispanoamericanas del XIX.

El amor romántico, que hace del conflicto motivación para intensificar un fuego amoroso que enciende las almas más que los cuerpos, protegidos por el pudor o la distancia, alienta las subjetividades de nuestra historia, que hallan en ideales espirituales e intelectuales modos de atemperar la unión física negada. Si el deseo frustrado se atrinchera en los celos a través del reproche, sin embargo, como en las más famosas sagas amorosas, estamos ante un lazo que no se consume porque no se

consuma, más allá de los impedimentos reales: Carmen se siente como nueva Isolda ante la espada que inexplicablemente Tristán coloca entre su cuerpo y el de ella ("quisiera tenerte ahora a mi lado, en mis brazos, no a mis pies como tú dices." 1838, 155). Por lo que entrevemos en las cartas secretas, solo hubo besos y abrazos, pero la relación fue eminentemente espiritual, en parte por la culpa y la presión social y moral del medio, y en parte por la actitud reticente de Rugendas.

Las citas de lo leído son nuevamente sus aliadas porque toman su voz, sea acudiendo a versos de Moreto ("Qué largas son las horas del deseo!" 1839, 183), sea para exacerbar la ausencia en la identificación con el condenado a muerte de Victor Hugo: "Con que cariño miraba el desdichado aun la insignificante flor amarilla que se movía con el viento en la ventana donde oía él su sentencia! Sí, penosa idea por cierto! El aire, el sol, las flores, ya no serán para mí! ... Triste necesidad, cruel obligación de separarnos de todo los objetos que no fueron caros ..." (1838, 234).

En 1841 imagina el amor consumado mientras vive "en medio de los tormentos de un amor incompleto" (1841, 319), cuando este tipo de cartas se espacian y seguramente ya algo sabe del propósito de Rugendas de casarse con Clara Alvarez Condarco, mucho más joven que él y su alumna de dibujo en Valparaíso, donde por entonces vive. Y aquí también el uso de la lectura da pie a la indirecta, irónica en este caso, en el que, además, da cuenta Carmen de su apreciación y de la recepción del realismo en Chile: "Me ocupo en leer todo el día y de noche me duermo temprano... Amigo mío, es casi un sarcasmo de enviar novelas de amoríos a quien ha pasado esa corta estación de la vida y que además está justamente desilusionada! En fin, Balzac! Ese nos pone a la vista los hombres y mujeres como son ellos; desencanta, es cierto, pero hay en todo él un fondo de verdad que asusta y que uno confiesa a su pesar." (1843, 391)

Había aguardado el envío de obras de Balzac desde 1839, cuando estaba leyendo a Hoffmann, en préstamo de Rugendas y seguramente admirado por él. Pocos meses después, el 11 de febrero de 1840, estampa segura su juicio: "Pa. mi primera carta guardo expresar mi juicio sobre Balzac que creo infinitamente superior a Vtro. compatriota Hofman (sic). Creo que Vd. quedará contento cuando le diga que Hugo, Dumas y Balzac son mis autores favoritos y que éste me ha causado tanto placer en proporción como los otros." El 15 de febrero vuelve a Balzac, cuando ha concluido "el Père Goriot" cuenta su disgusto por la degradación de las figuras paterna y femeninas. Del mismo modo, en una de las últimas cartas, lo leído le sirve para reiterar, sin tapujos, la herida y el error del engañoso amor de Rugendas por Clara: "... ésta es la femme à la mode; ... quiere ser la "Lelia" de G. Sand. Pobre Moro! Qué alucinación padeció!" (1850, 528).

Carmen no renunció, resistió tenazmente a la ruptura mediante la delicada operación de proponerse bajo otras formas del afecto -amiga y hermana- hasta otorgar a Rugendas no sólo el rol de padre sino también feminizándolo en el de madre, a través del juego aniñado. De ahí en más desaparecen las cartas secretas.

AVATARES DE LA CORRESPONDENCIA

sola domo maeret vacua, stratisque relictus
Incubat. Illum absens absentem auditque videtque.
Virgilio, **Eneida**

La figura de la espera se diseña constantemente a través de ese aliado difícil, de ese cómplice reticiente y caprichoso que es el correo. La correspondencia hace de él todo un tema, sujeto a las peripecias amorosas. Carmen aguarda su llegada para saber si hay carta, para disponer la complicada entrega en la oficina postal, tanto como concluye la propia urgida por la partida del correo. Ambos enamorados aprovechan los viajes de amigos o conocidos para la entrega en mano, valiéndose de intermediarios, en una red que incluye al marido y aun al cura, convirtiendo a esta historia en un documento más que interesante sobre la comunicación en la primera mitad del siglo XIX.

Los problemas no acaban allí sino que se entretejen con la cuestión de los nombres. Las cartas secretas hacen del mimo a través de los apodos uno de sus aspectos más atractivos y con implicaciones varias. Carmen llama habitualmente, también en las cartas amistosas, Moro a Rugendas –seguramente a partir de Mauricio y Mauro, Moritz en alemán-, pero se agregan a este apelativo los apodos Indio y aun Arabe: el fuego de la pasión abierto a otro, en otro lugar y otra cultura, en un universo imaginario, ajeno al propio, seguramente modelado por lecturas románticas. Ella será Carmela, Tu China.

Desde otro ángulo, deben también mimar (imitar, hacerse pasar por) sus propios nombres para burlar las interferencias: "... en tu próxima dime el nombre de tu hermano y el apellido de tu madre y te dirigiré mis cartas directamente a B.A. con ese nombre; tú bien puedes dirigirlas a Espinosa bajo los nombres prevenidos. Pero no me escribas con tu criado, *no, no* pongamos a muchos en nuestro secreto." (1837, 74-75). Santos Gutiérrez, Matías Zumarán, Ceferino Lagos -los supuestos destinatarios- van rotando en cuanto pierden eficacia, comprometiéndose a veces en pequeñas aventuras novelescas como sucede con el primero mencionado: "El otro día estaba ocupado el ayudante de policía en buscar una persona Gutiérrez pª quien venía una carta porque parecía sospechoso ese nombre y quería saber si existía en Talca tal persona."(1839, 243) Tales triquiñuelas estrechan la complicidad propia de los enamorados: con las connivencias que traman las lecturas, entrelazando estos códigos secretos que, simbólicamente, son otro modo de decir "nosotros", ese nosotros que cobra fuerza cuando se musita, cuando se entrega en la entrepenumbra de lo apenas audible.

Cambiar de nombre, cuidarse de los criados, resolver el modo de retirar las cartas, hasta disimular la letra, son el marco de los resguardos a la vulnerabilidad de la carta, siendo, al mismo tiempo, modos de nutrirla con la exaltación del desasosiego

de la espera, de la escritura y de la lectura que gana intensidad con la imaginería de lo prohibido. El intercambio epistolar se nutre con las fábulas intensas de la aventura novelesca romántica. *La constelación del riesgo* otorga densidad al discurso amoroso hasta convertirse en una figura que amarra muchos de los tópicos que le son propios, intensificando los avatares generados por la distancia, por los celos, por los conflictos surgidos entre la demanda –"escríbeme cartas largas, largas ..."- , la culpa y las imposiciones sociales, que pueden culminar en la elección del silencio : "No me escribas más."(1839, 222).

Los subterfugios, el engaño, son tácticas de esa "dialéctica del obstáculo"[28], que en la monotonía de la frustración introducen los recintos íntimos de las lecturas y las cartas como espacios de la libertad, del sentimiento. A contrapelo de la obligación de vigilarse, Carmen Arriagada insiste en darse tal cual es (dice ser), en una afirmación de su subjetividad encarnada en un estilo libre de normativas, dentro de los paradigmas del romanticismo en el que se siente involucrada y al que considera mucho más que un movimiento literario, sino un modo de entender el mundo: "La pedante soy yo, pues que me entrometo en cosas que no comprendo, porque no sé nada ni de romanticismo ni de clasicismo. Yo me he formado una idea de ambos a mi modo, así como me la he formado de los hombres y del mundo, porque es preciso que Ud. sepa que yo vivo en un mundo ideal y por eso soy partidaria del romanticismo." (1838, 175).

La confidencia se vuelca en la espontaneidad o el desorden de la escritura como prueba de amor, en el marco del código amoroso romántico, así como promueve sus percepciones del paisaje. El *desborde* es para Carmen pauta de sinceridad, como lo es la fe en la lengua propia, chilena, afincada en lo coloquial, que constituyen los mejores momentos de su escritura. Si se declara "incapaz de disimulo" (1836, 40) y de una franqueza que le impide romper lo escrito cuando se arrepiente –en general en momentos de angustia y enfermedades-, en realidad hace de esta incontención una de sus estrategias del reclamo. Ya en la primera carta dice escribir según irrumpen las ideas en su cabeza, se vuelve "charlona" y "paporreta", habla "a rozo y bellozo", disculpándose frente a la elocuencia de Rugendas (cuyas faltas de ortografía la divierten) para, en el fondo, sostener sin empacho su estilo auxiliada por el prestigio de aquellos a quienes ha leído: "... escríbame Vd. largas cartas, dígame todo, todo; lo más insignificante a mí me interesará ... Yo diré con Pope. "El arte de escribir, don de los Cielos", y agregaré, el arte de escribir largas cartas. Mire Vd., yo no me correspondo con nadie. Está bien dicho? No; pero es mi idioma a mí."(1838, 164).

El tema le preocupa, no sólo procura remediar sus presuntas carencias[29], sino

[28] Denis de Rougemont, Denis de**, El amor y occidente**, 3ª ed., Numancia-Barcelona, Kairós, 1984, p. 222.

[29] En 1841 (317) expresa: "Por ahora me ocupo de leer un tratado de Ortología y prosodia de la lengua castellana, por Secilia ..." El tema de su falta de estilo se reitera una y otra vez.

que le interesa en cuanto a la comunicación social, como cuando explicita su disidencia con la reforma de la ortografía implementada en Chile en 1844, que desatiende, según su juicio, el uso compartido del castellano con los distintos países hispanoamericanos y España.

Carmen tenía una situación económica precaria a consecuencia de la inestabilidad económica del marido, sin embargo nunca habla del precio de los libros; el problema era conseguirlos. No posee una biblioteca, cuenta a lo largo del epistolario como va instalando algunos estantes para libros. Algunos pertenecían a los contertulios de las veladas de su casa en Talca, pero la gran mayoría venían de Rugendas, suyos o de sus amigos, prestados o respondiendo a los numerosos y cómicos, para el lector contemporáneo, pedidos de Carmen, que no solamente le encargaba libros sino también cintas, rapé, pomada para callos o sanguijuelas. Rugendas sabe ser pródigo con la caricia simbólica del regalo: dibujos, retratos, sortijas, monitos, etc, son las "yapas" de él para Carmen, quien le borda suspensores, en tanto se intercambian retratos y mechones de pelo. Pero le regala sobre todo libros, "multitud de libros" (1838, 138), muchos de los cuales hace importar directamente de Europa. Como vimos, esta devoción no se quiebra con su residencia en otros países de América, ni cuando ya ha vuelto definitivamente a Europa.

A medida que se van espaciando las cartas crece el desgano ante la lectura. Carmen leía, en buena medida, para comentar lo leído. Leía, también, para escribir.

Las cartas de Carmen Arriagada se interrumpen al promediar el siglo, en un momento de fundación de la literatura chilena moderna. Por sus preocupaciones sociales y políticas, y por las funciones que atribuye a la lectura, Carmen ejemplifica un tipo de lectora que no suelen alentar las novelas latinoamericanas del siglo XIX y la prensa, para quienes sería una suerte de "bachillera" o "literata", pero si no parece recibir este mote deja en cambio traslucir sentimientos de marginación (¿Quién la entiende a uno aquí? ... si uno sale del modo de pensar rutinero la critican ..., 1840, 252). Privada de muchos de los beneficios de la cultura posibles en su medio, precariamente satisfechos en el intercambio con Rugendas, sin este aliciente, se entrega al aislamiento y al silencio.

Al fundirse con la historia amorosa este testimonio acentúa sus posibles flexiones hacia una historia de la sensibilidad y de las subjetividades femeninas, ligada a prácticas culturales en situaciones concretas enmarcadas por el ejercicio del poder en el ámbito doméstico y social. Sin dudas Carmen es la expresión, entre muchas otras cosas, de los conflictivos esfuerzos de reconfiguración de los roles genéricos, de la toma de conciencia de modos de dominio que condicionaron sus posibilidades vitales y creativas dentro de una cultura patriarcal como la hispanoamericana. Prácticamente sólo disponía en ella de sistemas masculinos de representación para autodefinirse, también como lectora, habida cuenta de la difícil presencia de las mujeres de Hispanoamérica en el mercado de lo impreso, con sólo recordar la carta a Juan María Gutiérrez de la escritora Mercedes Marín, con la que Carmen deseaba

alternar en Santiago: "Desde muy pequeña me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instrucción que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mi misma ... juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, acaso ridículo ..."[30].

He relatado sin dudas una historia dolorosa, pero estamos también ante un fragmento de discurso amoroso, un tipo especial de texto, mediatizado de modo peculiar: "Imposible, inadecuado, en seguida alusivo cuando querríamos que fuese muy directo, el lenguaje amoroso es un vuelo de metáforas: es literario", dice Julia Kristeva. Quizás sea cierto. Cierta es, sin dudas, la frustración de esos tímidos deseos de Arriagada de convertirse en escritora, como revela la vehemencia con que rechaza el apelativo ante el estímulo proveniente de Rugendas: "Yo escritora! Yo, la *collaboratrice* de un García del Río[31]! Ciertamente que hay por qué reírse! Quién puede haberme levantado un testimonio tan lisonjero? O lo hacen por burla.»[32].

En el rechazo se perciben tanto sus ansias como el riesgo del ridículo, a pesar de la *excepcionalidad* (palabra insidiosa en cuanto a su cualidad de limitar proyecciones más amplias y generales) que le suelen atribuir sus amigos intelectuales en cartas a Rugendas. Si en otros casos, como los considerados en la colección organizada por Whitney Chadwick e Isabelle de Courtivron **Los otros importantes**[33] cuyos ensayos intentan disolver prejuicios en el análisis de los lazos entre creatividad y vínculo amoroso, este último impulsó y secundó muchas veces, no sin conflictos, el desarrollo artístico de muchas mujeres, el apoyo por Rugendas en el nuestro debió moverse en los estrechos límites de una relación trabada por impedimentos morales y sociales. Sin embargo, nos legó las cartas de Carmen Arriagada, las cuales posibilitan hoy, y ya es tiempo, sacarla de la esfera de lo "femenino" privado, doméstico, de las **Cartas de una mujer apasionada**[34], y colocarla sin más, en la literatura.

---

[30] **Archivo del doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario**, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1981, vol. 2, pp. 69-70.

[31] El colombiano Juan García del Río había sido responsable con Andrés Bello, con el cual había llegado en misión oficial a Londres, de la Biblioteca Americana y del Repertorio Americano publicados en 1823 y entre 1826-27 respectivamente. Cuando el gobierno patriota cae en manos españolas en 1817 se radica en Chile, donde dirige en 1842 *El Museo de Ambas Américas* de Valparaíso.

[32] Se refiere a la publicación anónima de su único texto y luego a las traducciones que hizo para *El Museo de Ambas Américas*, y por último a la invitación que recibe de los editores de *El Crepúsculo*. Evidentemente Rugendas la alienta a escribir.(1843, 424).

[33] Madrid, Cátedra, 1993.

[34] Hago referencia al título de la excelente compilación de Oscar Pinochet de la Barra, quien reconoce a Carmen Arriagada como escritora.